

DORNALECHE Y REYES

Número 25.

Editores.





GALERÍA INFANTIL

ACTUALIDADES EXTRANJERAS

Cosas de la China

Los ejércitos aliados en China no han dejado muy bien, por lo menos á juzgar por las noticias que nos trae el telégrafo, el buen nombre de sus gobiernos.

Una escena de las que han sido reprobadas por todo el mundo, es la que reproduce nuestro grabado.

Unos soldados europeos con el pretexto de hacer una pesquisa en casa de un mandarín, entran, destrozan y desbalijan sin reparo, dejando todo destruído, todo reducido á pedazos.

Es esa una pobre manera de querer poner fin á la rebelión de los boxers.

Los europeos tienen la fuerza, es verdad, pero los chinos tienen la legendaria tenacidad de su raza, y su aplastante número que los hace casi indestructibles.

Se calcula en muchos millones el importe de las alhajas robadas por los soldados europeos á los chinos cuyas casas han destruido.



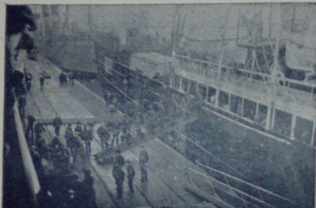
Pesquisa en casa de un mandarín

Todas las joyas y los ídolos de Buda en sus setecientas y tantas encarnaciones que figuraban en los oratorios particulares de los mandarines afiliados á los boxers, han desaparecido. Casi se puede dudar del tan decantado adelanto del siglo diez y nueve.

¿Porqué si no ha adelantado en justicia y humanidad, de que le sirven las conquistas de las ciencias y las artes?

Sigue en otra página.

Desembarque de heridos de Sud-África



Mientras en Sud-África continúa la refriega, manteniéndose los boers en la defensa desesperada de sus últimas posiciones, Inglaterra, con aquel espíritu organizador que le caracteriza sigue mandando tropas y atendiendo á sus heridos con toda solicitud.

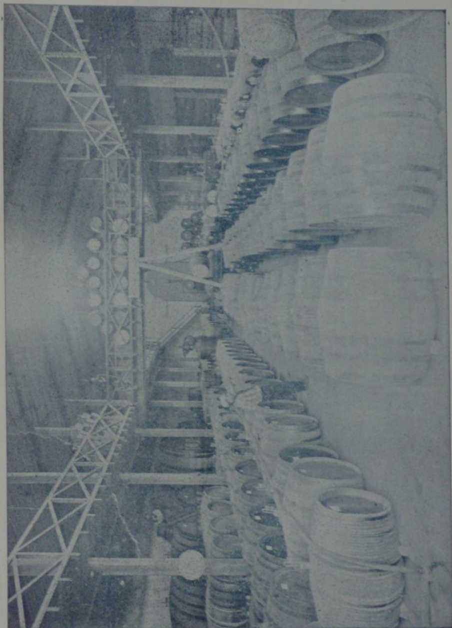
Nuestro grabado de esta página presenta el transporte inglés *Aurania*, del que desembarcan en el puerto de Southampton algunos voluntarios que vuelven de la campaña, heridos ó enfermos, para ser atendidos en los hospitales de Inglaterra.

Entre ellos vuelven muchos que han cumplido el tiempo de su enganche y regresan alegres á sus hogares, contentos de volver á ver á sus familias y de haber cumplido con su deber de ciudadanos.

El desembarque fué presenciado por el jefe militar de Southampton que reconfortó con palabras de aliento á los heridos y enfermos, saludó á los jefes que volvían condecorados, invitando á todos los soldados cumplidos á un lunch, en el que se brindó por la suerte de las armas inglesas en el África del Sud, y por la colonia del Transvaal.

Mientras tanto, el buen viejo Krüger, en viaje de vuelta hacia Europa, pensaba en los suyos que todavía quedaban luchando allá, entre los montes, poblados por sus rebaños y en cuyo seno yace el oro, motivo principal de tan desigual guerra.

Sigue en otra página.



interior de la bodega "Las Piedras"

VINOS CAMPISTEGUY

COLONIA, 96





GENTE MENUDA

CABAÑA REYLES



TELEFONO:
LA URUGUAYA, 1619

EN VENTA TODO EL AÑO:

Caballos de tiro y silla, puros y mestizos
perfectamente adiestrados
DOMA, EDAD Y SANGRE GARANTIDAS
TOROS Y VACAS DURHAM DE CABAÑA
animales de gran origen y gran peso

Por informes: Cabaña Reyles, Colón.

AGUA MINERAL SALUS

MARAVILLOSO DIGESTIVO

DEPOSITARIOS:

FABINI Y PUGA
25 DE MAYO, 179
MONTEVIDEO

LUIS DUFAUR
CUYO, 630
BUENOS AIRES

EL VOLCAN

SOMBRERERÍA DE DOMINGO RINALDI

18 DE JULIO, NÚM. 324

Teléfono: La Cooperativa, 191

MONTEVIDEO

EMBRIAGUEZ

Los hombres de ciencia están de acuerdo en que el uso excesivo de las bebidas alcohólicas es de fatales resultados para los ebrios, que generalmente son atacados por enfermedades gravísimas como la *locura*, la *epilepsia*, la *nefritis* (dolencia de los riñones) y el *embrutecimiento* moral y físico de la persona.

Estas enfermedades se hacen incurables si no se consigue á tiempo aborrecer por completo toda clase de bebidas que contengan alcohol.

Aconsejamos á los que quieran desechar el repugnante vicio de la embriaguez y preservarse á tiempo de tan funestas enfermedades, que recurran con toda seguridad de éxito al renombrado y maravilloso específico «Anti-alcohólico del doctor Pismar», que es un verdadero tesoro por sus virtudes medicinales y curativas, y está probado que una sola caja de dicho específico hace desaparecer radicalmente y para siempre el deseo de tomar más bebidas alcohólicas.—Punto de venta del específico anti-alcohólico del doctor Pismar: Ibicuy 230.—Montevideo.



DEPOSITO DE VINOS POR MAYOR Y MENOR ◆ ◆ ◆ ◆

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ NACIONALES Y EXTRANJEROS

de MARTÍ, BERÇAITZ Y Cía.

Servicio especial para familias.—Reparto á domicilio

RÍO NEGRO, 218 Y 220ᴬ. **MONTEVIDEO.**



El último retrato del Príncipe de Gales

El Príncipe de Gales

Sigue bien de salud y humor, agrega al pie del retrato el periódico inglés del que reproducimos el adjunto retrato del hombre más elegante de Inglaterra, como tantas veces se le ha llamado. Y en verdad, el heredero del trono de su Graciosa Majestad es el prototipo de la elegancia inglesa, pues desde muchos años, el príncipe de Gales que ya es mayorcito, ha servido de modelo en el vestir á todos los dandys que pisaban el asfalto del Piccadilly y lucían sus levitas en el *Hyde Park*. Fué extravagante en un tiempo, pero su extravagancia participaba del *chic* que le caracteriza y le ha dado la calidad de *arbiter elegantiarum* de Inglaterra. Fuera de eso, el Príncipe de Gales es el justo sucesor de la reina Victoria y vendrá á ser en el trono de Inglaterra: *The right man in the right place.*

Notas extranjeras

El objetivo fotográfico de algún real aficionado ha sorprendido nada menos que al Czar, la Czarina, y la princesa Victoria, heredera del trono de Rusia, en el momento en que eran enfocados por la princesa de Gales. La fotografía que acompaña estas líneas además de ser curiosa, pues reproduce la imagen de los grandes citados en el seno de la intimidad, prueba que la afición á manejar el instantáneo ha invadido á las clases más altas de la sociedad. ¿Qué hará el Czar si le sale una fotografía *raté?* No dejarán de pasar por su imaginación deseos de juzgar al aparato por delito de lesa Majestad.



La Princesa de Gales, retratando á los Czares

Los boxers hacen la guerra, no solo por tierra, sino por mar, prueba de ello es el barco que puede verse en el adjunto grabado. Es un junco, pero no un junco pescador como los que se ven en todas las vistas chinas, es un barco que recuerda aquellos de los piratas malayos, un junco armado en guerra y provisto de cañones de último modelo, disimulados bajo el cobertizo de paja que sirve de toldilla á esos barcos.

Fondeado en la costa del lago Yang-Tse, este junco ha sido ocupado por tropas del ejército aliado que ha conseguido establecer ya la paz en aquella parte del Celeste Imperio, que desde unos años ha conseguido hacerse notar por sus guerras y otras hierbas.

Aunque la única consecuencia que se puede sacar en limpio es que, como resultado de los belenes celestes hemos tenido que aprendernos una serie de vocablos que repetidos con rapidez darían razón de la campanilla mejor adherida.



Un junco armado en guerra

El coronel Susini

En Génova, donde murió recientemente, se han celebrado solemnes exequias por el coronel Susini, bizarro jefe de meritorios servicios en la Argentina y en nuestro país. Fué uno de los compañeros del general José Garibaldi, á quien acompañó desde 1814 hasta 1847, época en que sucedió en el mando al jefe de la Legión Italiana. En ese cargo se hallaba cuando terminó en nuestro país la memorable Guerra Grande. En las exequias celebradas en Génova, en la iglesia de Santa Magdalena, hubo enorme concurrencia de veteranos, según acaba de informarnos el telégrafo, muchos de ellos compañeros de credo y de luchas del noble veterano caído.



Sección amena

Á cargo de Blas Mil

CHARADA

Hablando en francés mi *prima*
Es toda una inmensidad,
Y en ella ahogaré mis penas
Si no te logro captar.
Mas esto no pasaría
Si das esta solución,
Y es sí tu *dos tres* gustosa
Á mi fogosa pasión.
Entonces ya no habría pena,
Y sería muy feliz,
Y mucho más ese día
En que tu me *tres* el sí.
Quieres saber que es mi *todo?*
Ó más bien, como se llama?
Igual que la interesante
Que hoy sale en el anagrama.

A. F. I.

ANAGRAMA

ME PROCURAS...? CEDE
R.

Nombre y apellido de una distinguida niña.

J. O. C.

JEROGLÍFICOS

1

ABUELA ABUELA

KINFO.

2

GARA

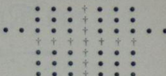
Tío PIPORRO.

3

MATON Q DON

SISEBUTO 5.º

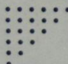
RAMILLETE



Sustituir puntos y cruces por letras de modo que se lea horizontalmente en cada línea el nombre de una flor y en las dos líneas de cruces lo mismo.

PARAMÍ.

ACRÓSTICO



Mamífero.
Insecto.
Conducto.
Adverbio.
Consonante.
Vocal.

SAUDADES.

Soluciones: Á las charadas: 1.ª *Mora*, 2.ª *Accro*, 3.ª *Arrepentida*. Apellido conocido: *Sumarán*. Frase: *Mirar al pasado y al porvenir*. Telegrama: *Pepa la pescadora ó el colegial desenvuelto* (equivocado). T intercalada: *Monotremos*. Examen charadístico: *Moratorio*. Anagrama: *Enriqueta Lessa*. Jeroglíficos: 1.º *Vena*, 2.º Entre *caras* (5) y *mulas* (5) *nota* (4) y *cabezas* (7), *has veintiún letras*, 3.º *Lima*.

Del segundo jeroglífico recibimos también la siguiente solución, que publicamos por creerla muy buena: *Para cuestas arriba tengo mi burro, que las cuestas abajo yo me las subo*.

Mandaron las soluciones: *Cadete, Artillero 1.º, Una Turquita, Capitán Veneno, Aurorita S., Azucena, Yo, Enriquito, Sisebuto 5.º, Turquesa, Saudades* y *Corina Chaucha*.

Correspondencia de ROJO Y BLANCO

Tarjetero Postal

Minuano. — Minas. — No se impaciente, las poesías irán, el cuento irá, y la sentencia irá, porque todo es bueno. Quiere Vd. más?

A. A.—Minas.—Sus versos sirven. Le agradecería la remisión de *siluetas* sobre las bellezas locales.

Taboadita.—Montevideo.—Siga mandando.

M. G. S.—Montevideo.—Sirve. Siga escribiendo.

E.—Mercedes.—Muy bueno. Se publicará sin correcciones. Siga favoreciéndonos.

S. F.—Montevideo.—Es publicable y saldrá en un número próximo. Pero no se olvide de la índole del periódico.

Caduco. — Soriano. — «Americano» no es del género que conviene á ROJO Y BLANCO.—Mande otra cosa.

A. F. B.—Montevideo.—Su suelto parece cargado contra el apreciable caballero á quien lo dedica. No le ponemos mecha.

Verdemar.- Montevideo.—Su prosa se publicará. Los versos no.

C. U.—Independencia.—Ha hecho Vd. bien en reincidir. Y queda satisfecho en todo.

Sección amena

Yo.—Confiamos en su promesa y esperamos sus trabajos.

Azucena.—Muy bonitas sus producciones. Hágase ver con más frecuencia.

Ligia.—A burro muerto cebada al rabo. En otra vez saldrá bien.

Aurorita S.—Poco me supone que lo diga, después que lo sepa. Lo que no quisiera es que lo sepa.

Capitán Veneno.—Que le aproveche á Vd. el *pastoreo* y vuelva invernado. Esos son mis deseos.

Una Turquita.—Recibido, aceptado y agradecido.

Artillero 1.º—Se le tendrá en cuenta.

Cadete.—Su debut, no es malo, si sigue así merece un buen lugar.

Ladrona. — Su juego es muy bueno, pero su pseudónimo me hace desconfiar mucho.

Centinela. — Nosotros también hemos notado que algunos colaboradores de «La Alborada» nos plagian los juegos. Que les aproveche.

Chaucha.—Queda Vd. agregado.

Fultón.—Recibidas sus charadas.

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

DORNALECHE Y REYES
EDITORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año I | MONTEVIDEO, 2 DE DICIEMBRE DE 1900 | Número 25

Gurí

(Fragmento)

Gumersinda bebió otro trago, y continuó bajando la voz y con aire misterioso:

—¿Y el indio Soria, entonce?...

—¿Tamién jué usté?—exclamó, en el colmo de la admiración, Clara, que había estado escuchando el largo relato con los ojos fijos y la boca abierta, como chiquillo que oye de boca de su aya la narración de escenas fabulosas.

—¡Yo mesma!—contestó la parda con orgullo.

Y en seguida de armar y encender un cigarrillo, continuó diciendo:

—Yo juí, pero callate. Te viá contar. Yo le tenía una rabia negra al indio Soria, porque era muy atrevido y muy propasao y siempre andaba arrastrando un chiripá con una franja colorada machaza, y un pañuelo colorao tendido á media espalda, que parecía que andaba vendiendo juego. Y además, porqu'él jué el que ayudó á priender al finaíto m'hijo, —que Dios lo tenga en la gloria, — y que decían qu'era un bandido porque mató á un polecía, como si ellos mesmos no tuviesen fichorías piores, como el comisario Laguna, pongo por ejemplo, que...



—Güeno, güeno,—interrumpió violentamente Clara,—no se enriede en las cuartas y siga contando cómo jué lo del indio Soria.

La mulata se rascó la cabeza y echó humo por las narices. En seguida dijo:

—Es que, cuando me acuerdo, me parece que estoy tragando yel y creo estar viendo al finaíto acostao entre cuatro velas. Por eso se la guardé al indio Soria, y cuando la *Piava* me vino á ver pa que lo embrujara porque la había dejao, me lambí de contenta y me preparé p'hacer una porquería como naides había hecho entuavía, como pa que se guardase memoria de la parda Gumesinda... ¡Hermanita, aquéllo jué una barbaridá!... Dispués la cosa se me puso fiera cuando el indio reventó como un chinche; y cuasi que me manean y m'enderezan pa Montevideo; pero yo, que no soy lerda y tengo esperencia, me saqué el lazo con la pata y los dejé á los manates con el freno en la mano.

Clara estaba impaciente, deseosa de llegar al final, y se mortificaba con las digresiones de la

vieja. Á su vez tomó la botella, sorbió con ansia y exclamó:

—¿Pero cómo jué la cosa? ¡Cuente, pues, cómo jué la cosa, de una vez!

La parda no tenía prisa. Le gustaba narrar despacio sus criminales hazañas, altamente satisfecha con la emoción y la ansiedad que producía en el ánimo de su auditorio. Era una de las raras ocasiones en que tenían para ella un poco de respeto, en que dejaban de considerarla como piltrafa humana, inservible y despreciable, ¡y quería aprovecharlas!... Con la uña larga, negra y encanutada del dedo meñique, quitó la ceniza del cigarrillo, vomitó una nube de humo nauseabundo, y, muy tranquila, muy calmosa, prosiguió el relato:

—Cómo jué, no te lo puedo contar m'hijita, porque vos sabés que cuando una enseña la manera de hacer una brujería, ya no le queda más poder. Pero la cosa pasó ansina... Viá tomar otro trago..... ¡Pucha, caña fiera ésta! Raspa el tragadero... Pues güeno: Soria hacía tiempo qu'estaba ayuntao con Agapita, que llamaban la *Piava* porque era chiquita, y yo no sé por qué andaban medio *ladiate, no m'ensusees*, hasta qu'en un baile en lo'e mi comadre Encarnación,—tu hermana,—el indio se le pegó á Geroma y di'ai vino la farra. Vos sabés que no precisa mucho pa que Agapita s'hinche como un escuerzo; y allí, dejuro, al ver qu'el otro le hacía poco caso, se dispuso á jerjeniar á dos laos; hinchó el lomo y jué el desparramo. Coletió como bagre ricién sacao del agua, y pelando un cuchillito'e mango'e plata, enderezó á Geroma, la cazó'e la trenza y la cerdió á lo yegua. En seguidita mesmo—¡pucha mujer liviana como rial fayuto!—se l'enderezó al indio y le tiró dos ó tres viajes. En uno lo alcanzó á chusiar en un brazo y en otro lo colorió en una mano. Pero el indio, medio reculando, consiguió pelar el corvo y la acostó de un planchazo. Vino l'autoridá y los arrastraron á los dos pal cuartel; pero como el indio era gobierno, lo largaron cuasi en seguida, y á la pobre Agapita le armaron un injundio que la tuvieron secándose tres meses en un calabozo. Cuando salió, te asiguro que no era la mesma: parecía charque flaco qu'ha estao mucho tiempo al sol. Pero tenía conduta y un genio más bravo qu'espina'e cruz. Me mandó á buscar y me dijo mascando juego:

—«Mirá, mi tía,—ella me llamaba siempre mi tía,—no tengo más qu'esta cama'e fierro, y esas dos sillas, y el baúl, y mi ropa: güeno, te lo doy tuitito, pero tuitito, sin quedarme ni con un pañuelo pa limpiarme las narices, si me lo ligás, bien ligao, á ese arrastrao de Soria. ¿Te animás?...»

—«¡M'animo!»—dije yo.

—«Pero ¿sabés?—dijo ella,—quiero que sea cosa bien juerte.»

—«¿Como pa que güelva?»—dije yo.

—«¡No! ¡Como pa que reviente!»—dijo ella.



—¡Hermanita! T'asiguro qu'al prencipio tuve miedo; pero dispués m'acordé 'e lo chancho y lo entipático que era el aindiao, y de la muerte 'el finaíto,—¡que Dios tenga en su gloria!—y de que se l'había jurao, y le dije á la *Piava* que güeno. Yo mesma juí al campo, de mañanita, á buscar un yuyo q'hay en el ejido y que yo conozco; junté unos cuantos ingridientes más que no sabe naides más que yo, me encerré en mi cuarto y estuve unos cuantos días arreglando el minjunje. Dispués lo puse tres noches al sereno y...—pero esto no te lo puedo contar.—Una tardecita me juí á lo'e Geroma, y á la noche, cuando vino el indio, le atraqué la mistura en un mate. El pobrecito tragó el anzuelo sin sentir... ¡Dios l'haiga perdonao, porque, á la fin, aura ya es dijunto y á los dijuntos es malo tenerles rabia!...

Clara no volvía en sí de su admiración. Nunca hubiera creído á Gumersinda capaz de tales hazañas. ¡Y ella tan boba, que no sabía nada!

—¡Pucha que había sido artera!—exclamó entusiasmada;—tuito eso que usted cuenta parece cosa'el otro mundo.

Y se quedó un largo rato meditando, el alma envenenada con el relato de aquellas terroríficas narraciones.

Luego, aun no del todo satisfecha su curiosidad, siguió preguntando:

—¿Y cómo jué que murió Soria?

—Tardó como un año pa morirse. Primero se puso triste, triste, como animal que tiene la *mancha*, y dispués se jué secando despacito hasta que quedó lo mesmo q'un saco'e güesos. Dispués se acostó y ya no se levantó más, y las piernas se le yenaron de gusanos, y de noche auyaba mesmo como un perro, y en el cuarto naides podía estar: entraban pa darle las medecinas y juían, porque las gusaneras le jedían como osamenta al sol. Y ansina se jué muriendo, muriendo, de á piacitos, hasta qu'estiró la pata clamando por Agapita... Esa noche la *Piava* dió un baile en que se bailó y se chupó á lo loco, y aquello jué un ¡viva la patria!...

Cuando la parda hubo dado fin á su miserable relato, muy satisfecha con el efecto obtenido, Clara volvió á quedar un rato pensativa. De pronto levantó la cabeza y, con los ojos brillando de odio:

—¿Y sería capaz de hacer lo mesmo pal *Gurí?* —le dijo mirándola fijamente.

—¡Hum!... De aquélla me escapé con el garrón lonjiao, y, hermanita, no son cosas pa juguete...

—Mirá, se lo hacés... ¿Vos sabés que tengo en el baúl un montón de monedas de oro?... güeno: ¡te las doy todas!

Gumersinda sabía que su *comadre* tenía plata; la codicia iluminó su rostro cetrino.

—En fin, por ser pa vos...—dijo.

Clara iba á darle un abrazo; pero la parda la detuvo, preguntándole con gravedad:

—¿Tenés alguna garra d'él?

La otra meditó un momento.

—¿Una garra?... ¡Sí!. . Tengo un pañuelo'e seda que dejó aquí la otra vez.

—Güeno, entonce está.

Javier de Viana.

Un atropello policial

Durante el gobierno anterior hubo quien llamó al gobernante, Faure y á nuestra policía la primera del mundo. En esto último puede haber habido alguna exageración porque, desde entonces á esta fecha la policía ha progresado mucho y son sin embargo frecuentes las denuncias que hacen los diarios contra comisarios y vigilantes acusados de atropello.



Algunas de las secciones tenían durante la administración pasada y una parte de la presente, una fama merecida, pero pésima. Se impuso el cambio de personal y aunque se sustituyó á los comisarios antiguos por personas cultas, que tenían por lo menos la educación necesaria para el desempeño de su cargo, no hace aún muchos días que se produjo en una de ellas el ruidoso incidente de que todos los diarios se han ocupado. Ese hecho da mayor interés á la fotografía de actualidad que publicamos. Nos ha sido mandada bajo el título de «atropello policial». Según verá el lector, nuestros buenos guardias civiles parecen convencer al delincuente con la fuerza de sus brazos, lo que puede, si el pobre se descuida, ocasionarle alguna lesión ó fractura. Líbrenos Dios de caer en situación semejante!



Oh, labios....

Á Javier de Viana.

Oh labios, que buscáis en otros labios
el sabor sin igual de la manzana
que hallaron nuestros padres la mañana
que tantos les dejó amargos resabios.

Oh labios, que lanzáis cual profecías
palabras sin vigor y sin sentido,
porque no os ha tocado el encendido
carbón que depuró los de Isaías.

Oh labios, como los de la Gioconda
en que puso un misterio indefinible
Leonardo y que presentan la temible
forma de la faláz, pérfida onda.

Oh labios, que murmuran temblorosos
dolores é ilusiones en plegarias,
que hacen pensar en naves solitarias
de templos sin altares y ruinosos.

Oh labios, sin color, secos, crispados,
que otro tiempo agitaron las pasiones
del alma con fogosas explosiones:
cráteres de volcanes apagados.

Labios que una sonrisa siempre pliega,
eterna, igual, indefinida; — acaso
¿sois bordes de un común impuro vaso?
¿es parpadear de una mirada ciega?

Labios, en que verdades y mentiras,
ninguna huella dejan, é impasibles
expresan las blasfemias más terribles
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tiernos, perfumados,
de una flor deliciosa; aunque culpables
y falaces, por vuestras inefables
dulzuras seréis siempre deseados...

B. Fernández y Medina.

1900.



Vista general de Treinta y Tres

Nuestra tierra

Treinta y Tres

Á Alfredo Aguiar.

Si la vida de los pueblos es comparable á la vida de los hombres, permítaseme decir que Treinta y Tres aún no ha abandonado los andadores de la infancia; pero permítaseme decir igualmente que, en las manifestaciones de la vida nacional pertenece á los hombres que no tienen barba.

Sin medio siglo de vida todavía, sin ferrocarriles que la aproximen á los centros del progreso, olvidada siempre y siempre trabajada por las discordias que compendia aquella frase: *pueblo chico infierno grande*. Treinta y Tres debe sus progresos únicamente al esfuerzo de sus hijos.

La incomparable belleza de su suelo, haría de ella una de las más importantes poblaciones *de tierra adentro*, si al mérito de su situación topográfica, llevara unida la simetría de su edificación.

Distante mil quinientos metros del *Paso Real de Olimar*, cuyo río no tiene tanta nombradía como corresponde á su poesía agreste, al sahumerío de sus auras, á la nitidez de sus aguas y á la espesura del bosque que lo rodea, tiene á veces en los grandes *temporales* del invierno, á menos de quinientos metros el invencible antemural de su desborde.

Separada por menos de mil metros del arroyo Yerbal (que hace barra en Olimar en frente de nosotros) disfruta también en las épocas de creciente,



Calle Juan Antonio Lavalleja

del panorama que le brinda este pequeño, que pretende circundarla con sus brazos acuáticos.

La edificación de Treinta y Tres es una serie de atentados contra la estética, aunque el buen gusto contemporáneo viene subsanando los defectos anteriores. Con escasas excepciones, todas las casas son bajas con grandes barrotes en las



Edificación moderna

CASA DEL SEÑOR LUCIANO MACEDO

ventanas, que hacen pensar á los viajeros en la proximidad del calabozo. Sin embargo, entre los hierros abruptos de estas rejas asoma frecuentemente más de un rostro femenino de perfiles irreprochables y con ojos soñadores.

Y entonces, la presencia del Edén reemplaza al calabozo en la imaginación de los visitantes.

Nuestras calles tienen los nombres de los treinta y tres orientales de Lavalleja; y una de las nuevas, perdida en el extremo sud de la villa lleva el nombre del legendario general Rivera.

Esfuerzos generosos tendentes á hacer más fácil la lucha por la vida á la clase proletaria, son los originarios de la fundación del barrio *General Artigas*, cual si quisiera decir que el que fué padre de la patria en la tierra de su cuna y padre de los menesterosos entre las frondosidades de las selvas paraguayas, había de prestar su nombre para servir de consuelo á muchos pobres en el pueblo de Treinta y Tres.

Tenemos un edificio público que cuesta á las arcas nacionales treinta y siete mil pesos, en el cual tienen asiento la Jefatura Política y todas sus dependencias y el Juzgado de Paz, la Administración de Rentas y Correos y la Junta Económico Administrativa. Otro edificio público está ocupado por la escuela mixta que cuenta como asistencia regular más de cien niños, en esta po-



Paso Real del Olimar, en las últimas crecientes

blación que tiene varias escuelas de niñas y de varones (aparte de los establecimientos particulares de enseñanza) y que no alcanza á cuatro mil habitantes según el último censo.

La plaza pública tiene un nombre adecuado para este pueblo de rememoraciones patrióticas, *19 de Abril*. En el centro y mirando al sud se levanta la silueta de Lavalleja, con botas granaderas, dolmán militar, la espada al cinto y la diestra en la espada. La base del monumento es de unos catorce metros de elevación; en ella están inscriptos los nombres de los héroes de la cruzada del 25. Esta plaza es nuestro único paseo público.



Jefatura Política

Existen dos instituciones sociales y una biblioteca pública que consta de mil volúmenes. *La Juventud Unida* tiene en formación una biblioteca de carácter popular. Una cultura social correctísima es la nota resaltante en este pueblito; porque consuena la belleza de sus hijas con la hidalga deferencia de sus hijos.

Pueblo tumultuario en años ya pasados y que —como las golondrinas de Becquer— no volverán, produjo un día una *pueblada* que ensangrentó las calles del *chozaje* embrionario.

Á todas nuestras contiendas civiles de brazo armado ha concurrido sino con talentos preclaros y guerreros estratéjicos, por lo menos con ciudadanos serenos y denodados.

En las luchas pacíficas se ha ceñido una corona de laurel sobre la frente con un desfile de buenos ciudadanos que en su representación se han sentado en las bancas parlamentarias.

El periodismo de este pedacito de tierra no deshonra á la entidad colectiva de la nación. El primer periódico apareció entre nosotros el miércoles siete de Junio de 1887, con el título de *La Paz*. Después vinieron *El Autonomista, El Interior, La Verdad, El Censor, El Pueblo, El Eco, El Partido Colorado, El Deber Patrio*, y por último *El Orden, La Prensa* y *La Cruzada* que son los existentes. Á veces, los contagios del medio ambiente nos ponen en las puertas del abismo, pero salvamos la caída con un golpe del corazón.



Monumento de Artigas

EXISTENTE EN LA JEFATURA POLÍTICA

Este es mi Treinta y Tres, la novia de mis cariños intensos, la que ha llenado mi alma con el santo perfume de nuestras leyendas, la que ha sido cuna de todas mis ilusiones, de todos mis ensueños y también de mis canas prematuras!

Luis Hierro.

Un viaje con Carpanetto



Llegamos al Durazno, término entonces de la vía férrea, decididos á continuar, sin dilaciones, nuestro viaje á San Fructuoso, hacia donde nos dirigíamos en desempeño de una comisión oficial, relacionada con el movimiento armado que en esos días había iniciado el coronel Máximo Pérez, y cuyo epílogo sangriento tuvo lugar, á poco, en los potreros de Matos.

Don Estanislao Gutiérrez, propietario á la sazón del Hotel Oriental, hombre de vastísimo repertorio cómico y de ingenio sutilísimo para *fumarse* al prójimo de aspecto más grave, nos recibió entre cortés y campechano.

—¿Y cuándo tenemos diligencia para Tacuarembó?—le preguntamos.

—¿Diligencia en castellano?

—¿Cómo en castellano?

—Claro está, contestó frotándose el enorme vientre con ambas manos.—Según la Academia, las diligencias son carruajes que efectúan sus viajes con mucha celeridad, y como las nuestras...

—Entendido; pero, ¿cuál es la que sale primero?

—La de Carpanetto.

—¡Santa Tecla! ¡Un viaje de ocho días!

—Se equivoca, amigo.

—¿Qué dice usted?

—Que está usted en error. El viaje con Carpanetto podrá durar á lo sumo... dos semanas. Pero... ahí tiene usted á don Bartolo; entiéndaselas con él.

En efecto; Carpanetto, balanceando el cuerpo á manera de gaucho quebrallón, se aproximaba, metidas las grandes piernas dentro de un par de botas coloradas que terminaban exactamente en el punto en que el tronco se une á las extremidades, y, desde veinte metros, nos enviaba su saludo con voz tonante. Alto, muy alto, grueso, boca ancha, violenta y buena, en la que se erizaban ásperos bigotes canos, mejillas infladas como odres, tal era don Bartolo, cuya indumentaria, como para hacer juego con las botas, consistía en largo sobretodo, poncho de verano *superpuesto* y un galerín-pudinera de alas tan estrechas, que sobre aquella cabeza parecía un melocotón adherida á una vejiga de grasa.

Las botas, aquellas botas que no olvidaré jamás, me impiden hablaros del pantalón, si es que no había sido suprimido por innecesario.

—¡Addio, queridísimo amigo!—nos dijo tendiéndonos su mano velluda y ancha como guante de pelota.—¿E cume vamo? ¿Papá é mamá? ¿La siñora é lo nenes?

—Buenos todos, menos mi abuela... que se murió.

—¡No me diga! ¿Murió la viequita? ¡Pobre siñora! ¡La cunucí cuando era ansina!—y llevó la mano hasta treinta centímetros del suelo.

—Y qué tal, Carpanetto, ¿muchos pasajeros para mañana?

—¡Ma qué esperansa! Ocho peone per la minas de Coñapirú e una viequita que no pesa ne manco cume un chingolo.



—¿Y llegaremos...?

—In tre día escasitos.

—¡Hum!

—¿Cúme hum? Pregunte á sos amigos lo dotores!

—¿Qué amigos?

—Teófilo Dia, Ricardo Costa, Montero Pulié é Dufó. ¡La gran siete qué viaque!

—¿Y á qué hora partimos?

—Tempranito nomá.

—Bien; hasta mañana.

—Addio, queridísimo!

Á la mañana siguiente, cuando aún algunas estrellas parpadeaban en el firmamento, tomábamos sitio en el pescante de la diligencia, ocupado ya por don Bartolo, Victorio el conductor, y la vieja que podrá ser, si ustedes quieren, liviana hasta la imponderabilidad, pero que ocupa el lugar de tres, gracias á la cantidad de abrigos en que se ha arrebujado y que sólo dejan en descubierto la nariz, fina como hoja de cuchillo y los ojos pequeñitos como de conejo asustado. Una ojeada al interior del vehículo me da, en seguida, idea exacta de los alcances aritméticos de don Bartolo. Los pasajeros son doce, ni uno más ni uno menos, y á fe que entre ellos los hay, que en cuanto á volumen

pueden competir ventajosamente con mi excelente amigo el coronel Mauricio Rodríguez.

Entre encargos aquí y avisos allá, apunta el día, un día frío que obliga á soplarse



los dedos y á esconder la nariz.

Por fin, dejamos atrás las últimas casas del pueblo, pero no habíamos aún marchado dos kilómetros cuando ocurrió el primer contratiempo. Los *boleros* se detienen de repente, y no hay látigo, gritos ni imprecaciones que valgan. Á los repetidos zurriagazos del mayoral, los pobres bucéfalos contestan estirando el pescuezo largo y descarnado, esforzándose por alcanzar una matita de pasto que á un lado del camino aparece como para gozarse del hambre atrasada de aquellos míseros cuadrúpedos.

—Es natural—dice la viejita con voz que parece un silbido—con estas osamentas...

—E eso que sun de grano—objetó Carpanetto.

—¿En el lomo?

—¡Ma qué esperansa! ¿No ve osté cume están que ne pueden caminá?

—Los huesos no caminan.

—¡Qué güeso ni que güeso! Se osté le ve las custillas é perque sun difetuosos; cuando érano potrillos curcubeaban e se punían cume un arcos. ¡La gran flauta con il tordillos! Si lo ve mi compadre Santos me lo pide per la escolta!

—¿Es usted compadre del general Santos?

—¡Y cume no!

—Mentira... parece que el tiempo esté así—dijo desde el interior del vehículo uno de los pasajeros.

—¿Mentira?... preguntáselo á don Antolín. ¿Conocé vos, cumpadrito de la Aguada, á don Antolín?

—Algún finao—objetó la misma voz.

—Qué bar... bero!—y queriendo ostensiblemente desviar el curso de la discusión, se encaró con Victorio y le dijo gritando:

—¡Dale uno guascasitos!

—¡Es al ñudo!

—¡Dale nomá! ¿No ves, estupidísimo, que mi caballos sun cume lo viecos? In cuanto se le calientan las masetas, se punen tudos armaos. ¡Dále guasca!

El conductor obedeció; pero... ni por esas.

—¡Dale intonce un caldito ó sía un resuello!

Transcurren quince minutos y el resuello continúa. Los pasajeros del interior empiezan á murmurar y á nuestros oídos llegan estas palabras: ¡Nom de Dieu! ¡Nous partirons? ¡Sacre bleu! ¡Ma per dío! ¿Partiamo oggi ó domani? ¡Rediós si esto parece un camelo! ¡No laguascaso, paisano; esto dura un rato así pero después... sigue lo mismo!

Las protestas siguen en aumento y uno de los ocho peones mineros, el que ejerce de lenguaraz, desciende de la diligencia y se acerca resueltamente á Carpanetto que, con la mayor seriedad, se ha colocado delante de los bucéfalos á objeto—dice—de evitar una disparada.

—Cette una porquerie! Vous nos habé trompé!

—Qué decí, hico de la gran... Francia?

—Ye dit que vous...

—Callate cara di mula! Andá per dentro per que sino te tiro un Bismarque á la cabezas!

—Vamos!—gritó en ese momento el mayoral.

Carpanetto no esperó otro aviso y el delegado de los mineros volvió á su asiento, no sin antes proferir algunas palabras no muy diplomáticas, como que entre sus expresiones bilingües oímos mentar el nombre de un ají muy apreciado.

—Despacito e buena letra—dijo Carpanetto á tiempo que los caballos arrancaban penosamente con la diligencia.—No lo apurés, Victorio!—Mirá que se endurecen la bocas. ¡Dío nos libere!

—A mí que Dios me libre... pero de viajar con usted!—refunfuñó la vieja.

—Cállise, siñcra! Tenga lástima de lo semecantes! Mire, siñora—agregó poniendo una mano sobre el corazón—se lo digo francamente; se yo hobiese nacido caballos me pegaba un tiro! y volviéndose á nosotros añadió en voz baja: ¡Mirá que chicharrún!

Tras muchos resuellos y no pocas protestas de los viajeros, llegamos á la primera posta que dista dos leguas del Durazno. En el corral están ya los caballos de reemplazo que son —valga la palabra honrada de la viejita—más sotretas que los anteriores.

Mientras Carpanetto desprende los arreos, Victorio, ayudado por el cuarteador, penetra en el



corral y empieza á enfrenar *á mano* los matungos. Todo marcha bien hasta que un rosillo del costado—presagiando probablemente lo que le espera—comienza á *negar la cabeza*

y es necesario acudir al lazo. Los mineros observan con extrañeza aquella faena, para ellos desconocida. Victorio está, ese día, muy chapetón: el lazo cruza una, dos y tres veces por el aire, pero sin resultado.

—Y diga ostez, señó mayoral!—grita el andaluz—¿por qué no coje ostez ese animal por el rabo?

—Callate, galleguitos!—replica Carpanetto—y en vez de macaniar vení á atacar la puerta con esos franchutes.

El andaluz invita á los franceses y, cojidos de las manos, forman cadena en la puerta del corral. El rosillo, acosado, hace inútilmente algunas tentativas para escapar, hasta que, aprovechando un claro, el caballo endereza á la portera y... ¡pataplum!... no queda un portero en pie. El cuarteador y el postillón salen en persecución del *sancocho* que, de rabo parado, salva distancias y obstáculos, mientras que Carpanetto dirigiéndose á la vieja le dice cómicamente:

—¡E aura, siñora, diga osté que son sotretas!

Allá, á las cansadas, logran atrapar al fugitivo y después de dos horas largas... otra vez en marcha.

El comportamiento de los jamelgos ha estado á punto de desmentir, en parte, la afirmación de la viejita. Los sotretas han marchado tres leguas—en cuatro horas, es verdad—pero al fin tres leguas, y allá trasponiendo el arroyito, está la casa en que hemos de pasar la noche ya que gracias á los *graneros* de Carpanetto—no hemos podido llegar á tiempo de almorzar.

Al borde del arroyito Villasboas, Victorio detiene la marcha y desciende del pescante á objeto de inspeccionar el paso.

—¡Pura parata!—grita Carpanetto—¡Atropellá nomá! ¿No ves pedacísimo que está cuasi seco?

—Es que es muy arenoso...

—¡No sias pavo! Atropellá te digo! E vos, cuarteador, abrí el ocos con la recuarteada!

Victorio obedece y á los dos minutos estamos plantados en mitad del arroyo.

Convencidos al fin de la inutilidad de los medios empleados para salir del atolladero, se resuelve abandonar la diligencia, y en ancas unos, á *chala pelada* otros, y la viejita en brazos de Carpanetto que hace algunas piruetas para asustarla, logramos salvar el obstáculo.

En momentos en que decidíamos recorrer á pié la distancia que media entre el arroyo y la posada, un panadero, cabalgando en un petizo *vichoco* que soporta penosamente el peso de las árganas, aparece á unos cien metros.

Carpanetto de improviso, como impelido por una fuerza extraña, corre en dirección al panadero y situándase en medio del camino, empieza á vocear, mientras que con el poncho primero y con el galerín después, agita furiosamente los brazos.

—¡Párise! ¡Párise! Per dío, párise! ¡Per so madres!

Todos miramos hacia el camino y vimos al vendedor de pan atónito ante aquella brusca é inesperada detención.

—¡Párise!—repite Carpanetto.—¿No ve pedazo de estupidísimo que me va á espantar lo caballos?

El panadero dirije la vista al arroyo y tras un taco, emprende de nuevo su camino.

A las cinco y maltrechos llegamos á la posada, término de la primera jornada de aquel famoso viaje. En artículos subsiguientes y si Blixén lo permite, narraremos los percances de las ocho restantes.

Preparen astedes, *per si acaso*, el depósito de la paciencia.

Santiago A. Giufra.

Noviembre de 1900.

Cornelio Cantera



En la última semana fué enlutado el hogar de nuestro querido colaborador el señor Julio C. Cantera, por el fallecimiento del respetable ciudadano don Cornelio Cantera, su padre, radicado desde largo tiempo en el departamento de Canelones. Era el señor Cantera irreprochable en el cumplimiento de sus deberes cívicos—circunstancia que le señalaba puesto de primera fila entre los nacionalistas, partido á que pertenecía y cuya Comisión Directiva Departamental presidía en Canelones. Reunía condiciones de batallador que reveló desde joven, yendo al campo de la lucha armada cuando su partido lo reclamó, sin despojarse por eso, en ningún caso de una bondad que era habitual en su trato y de la altiva nobleza de alma que caracteriza á los hombres bien templados. Rojo y Blanco presenta su pésame al incansable colaborador y á su distinguida familia.

Rincón azul

Es aún un capullo, una sonrisa de la aurora, pero es ya la niña delicada, buena, reflexiva. Como el capullo y las auroras, su rostro tiene los poéticos reflejos sonrosados de la primera juventud y en los ojos negros la sonrisa ingenua de su alma pura. Aún no ha entrado á la vida social, pero ya tiene el aire de la señorita discreta y distinguida, y la gracia de la elegante damita que ha de hacerse admirar por fuerza en los concursos de los salones. Por su rostro suele vagar algo así como la sombra de una tranquila meditación, como si pensara en alguno de esos mundos vagos y azules, llenos de armonías y perfumes, hacia donde suben las imaginaciones jóvenes que aún no han sentido el *simoun* de la vida. Esos mundos son hechos para ella, para que viva siempre en sus puras alegrías. El camino que inicia en el mundo tiene que estar sembrado de flores, de esas nobles flores que saben rendirse á la que es más hermosa y más gentil que ellas.



Y después quedan todavía que admirar los perfiles de su hermoso rostro y la expresión de la bondad, que es en su alma flor que crece expontánea, junto con las de su espiritualidad, fresca como su juventud y su hermosura.

Se diría que el sol ardiente y el cielo azul de Arabia han visto crecer en un oásis esta belleza altiva y soberbia; que sus ojos—que parecen diamantes negros en el estuche de seda de sus pestañas—se han impregnado de la misteriosa solemnidad de las noches tranquilas que se tienden sobre el desierto, de la poesía de las leyendas fantásticas y de las reminiscencias de los países maravillosos de las huríes; que el óvalo perfecto de su rostro y las líneas esculturales de su cuerpo, son el resumen de la hermosura de aquella raza fiera, caballeresca y soñadora de hace siglos... Pero su espíritu selecto, abierto á las sutilidades de lo artístico, desmiente la expresión de tiránica sultana que tiene su original belleza. Un psicólogo encontraría en ella la armonía de delicados sentimientos, la pureza de un alma elevada por sobre todas las agitaciones del mundo—y una inteligencia refinada, que desde lo alto sabe despreciar las banalidades y acoger lo noble y lo hermoso que vibran en ella intensamente. Es devota, pero cree con fe, porque cree en algo grande, magnífico y supremo, donde su espíritu pueda esparcirse. Por eso es seria y reflexiva, y cuando de sus rojos y finos labios, rimados como dos versos, sale una sonrisa ó una frase, no es ni la sonrisa coqueta ni la frase vulgar. Y por eso sin duda, almas tan elevadas como la suya saben comprenderla y admirarla.



El domingo pasado, en el Hipódromo, bajo los esplendores del día primaveral, paseaba esta otra niña por la *pelouse*, con ese aire de gracioso abandono que le es peculiar. En aquel concurso de bellezas distinguidas, se destacaba su silueta fina y elegante, y ella, sin darse cuenta de la admiración que despertaba, seguía paseando, lucientes sus grandes ojos leonados, con la sonrisa entre bondadosa y enimágtica que suele entreabrir sus labios rojos, y dejando cimbrear su cuerpo con la inconsciencia con que los tallos se entregan á los caprichos de las brisas. Su gracia ingenua de niña, tiene los detalles delicados de la distinción más exquisita, y es en ella algo que atrae y que domina, con la magia de lo bello y de lo artístico.



Abuh-Amer.

El poema del niño



Quiero contaros lo que yo sé de un delicioso poema que no ha sido escrito en versos, de un canto que no tiene música, pero cuyos ecos serán siempre ritmo y verso en el alma de los padres, sentimiento y música en el corazón de las madres; arpegio de ternuras en el espíritu de los que han orado ante el virginal misterio de una cuna; desgarrada estrofa de elegía en los ojos de quienes han llorado oprimiendo sobre los labios convulsos un rizo de oro olvidado en el mundo; dulce canción en los oídos de aquellos que han escuchado el balbuceo de una vocecilla débil como piar de pajarito, y, por fin, siempre infinita poesía en el pecho de cuantos han visto en la noche, al brillar las primeras estrellas, abatirse dulcemente, como dos pétalos dormidos, los párpados de unos ojos cándidos que sólo han mirado las purezas de la aurora y tras cuyos cristales va á descansar una pequeña almita inmaculada, bajo el dosel de armiño tendido por las alas blancas del bello, del dulce, del poético Ángel de la Guarda!

Ese es el poema del niño, de que quiero contaros cosas alegres y cosas tristes, evocando resonancias gratas y cadencias melancólicas en el corazón de aquellos que han escuchado una vez ese cántico de amores vibrante en el aleteo de las almitas que nada saben, ese cántico tan familiar á los que han visto iluminarse el mundo con la sonrisa de una cándida boca sin dientes; á los que una vez han sentido ante un pequeño ser en descanso, subir en oleadas de llanto y júbilo la ternura á sus labios, y hacerse allí voz y ruego y grito de lo íntimo, y decir bendiciendo: ¡Mi hijo!

EL NIÑO DIOS

Tan sencillo como uno de esos cuentos que cuentan las nodrizas buenas á los pequeñuelos juiciosos, más sencillo aún, el cuento de Bethlem todos lo hemos oído una vez, cuando niños, con los ojos húmedos y el alma llena de ternura infantil; muchos no lo hemos leído después, y sin embargo, no se nos olvidará.

Tiene, en su blanca sencillez de poema de niños, todo el eterno encanto de lo dulce, de lo manso, de lo humilde. Es el más hermoso cuento que han oído los hombres. ¿Y por qué? ¿Por qué, tan falto de artificio, tan desdeñoso de recursos, tan pobre de ingenio? ¿Por qué?

Hoy es Noche Buena; familiar denominación que trae al alma efluvios del calor amigo que entibia el hogar dichoso, de la luz tranquila que inunda el blanco mantel de la mesa paterna; algo del perfume grato de la cena íntima, un eco de la dulce corriente de las expansiones generosas. Hoy es Noche Buena y vais á oir otra vez ese cándido relato de cómo nació Jesús.

¡Cuéntalo, cuéntalo, venerable Tradición, vieja hada de los recuerdos, tú que sabes noticias de edades pasadas y épocas muertas!

¡Cuéntalo otra vez, poética hermana de la Historia que has visto tantas cosas en los años del mundo! Todos estamos reunidos bajo el cielo plácido y silencioso de Noche Buena, con el corazón enternecido y los ojos húmedos, como cuando éramos niños de alma blanca y oídos crédulos!

¡Ven! queremos escuchar todavía una vez la dulce historia del niño más hermoso y bueno que hubo en el mundo.

Queremos oir una vez más el cuento favorito de todas las generaciones inocentes, lleno el corazón de fe y la mente de recuerdos, niños todavía en la gran noche de Navidad!

Silencio.



Era Diciembre.

Allá, en un país lejano, muy lejano, tres reyes magos que se llamaban Baltasar, Gaspar y Melchor, vieron en el cielo una nueva estrella, muy brillante y más hermosa que ninguna, anunciándoles que algo grande había ocurrido en el mundo. Entonces los piadosos reyes se pusieron en marcha y siguieron la estrella que iba enseñándoles el camino.

Y caminaron, caminaron, caminaron hasta que la estrella se detuvo sobre un pobre establo, cerca de un pueblo llamado Bethlem. Conociendo que aquél era el fin de su viaje, penetraron allí y encontraron que sobre la paja del establo yacía un niño sonrosado como una flor, de ojos celestes y cabellos rubios, á quien cuidaban un anciano bondadoso y una señora de dulcísimo mirar: eran San José y la Virgen María.

Entre tanto, unos pastores que cerca de aquel lugar velaban sus ganados, vieron también una estrella nueva y más hermosa que todas, posarse, irradiando mucha luz, sobre el humilde establo de Bethlem, mientras de lo alto de los cielos descendía una gran voz, nunca oída antes ni después, que gritó al mundo en aquella memorable noche: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Entonces, llenos de santo fervor, los buenos pastores entraron al establo donde yacía sobre paja calentita el niño de ojos celestes, acariciado por el tibio aliento de un burrito muy manso y de una pacífica vaca; y junto con los reyes magos, que le ofrecían oro, plata, incienso y mirra, adoraron á Jesús.»

¿Lo veis qué suave aquel cuadro del niño sonrosado y rubio nacido allí, sobre la dorada paja, calentado su cuerpecito por el aliento de los dos animales buenos, adorado por reyes y pastores por los más grandes y los más humildes, en aquel humildísimo lugar de la Galilea, mientras una voz bajaba del cielo para anunciar al mundo su venida y nuevos astros giraban en los espacios para señalar su cuna de desheredado?

¿Lo veis qué hermoso todavía, qué hermoso siempre, cómo nos hace nuevamente niños, cómo nos hace nuevamente buenos?

Desde entonces á aquella noche de Diciembre se la llamó la Noche Buena, y es noche bendita porque es de los niños, de los inocentes, de los pequeños seres de alma cándida y oídos crédulos, pues así era hace ya muchos años en una noche de otra época, de otras edades que murieron ya, aquel niño rubio de ojos azules, en que se reflejaba toda una gran visión del infinito, de ojos dulces que soñaban con algo grande mirando al porvenir.

Es la noche de todos los niños, de todos; de los que ríen y son felices y de los que sufren y lloran mucho; de los que viven ricos y alegres y de los pobrecitos que están muy tristes; porque aquella estrella que alumbró el establo de Bethlem, dejó un rayo de luz blanca en cada espíritu, y en el alma de los niños esa luz alumbra esperanzas y se llama Ilusión.

Así, los niños pobres, los huerfanitos pálidos de ojos celestes que, como los del niño de Bethlem, llevan en la mirada el reflejo de un gran ensueño, pero de un gran ensueño desvanecido: el del regazo maternal ausente; los que lloran caricias perdidas; los que no tienen quien les lleve juguetes á la cama muy tibia en la riente mañana de Navidad; los que duermen solitos en las pequeñas camas, muy limpias, pero muy frías del hospicio; los que no tienen lindos nombres ni tiernos diminutivos, aun éstos guardan en el alma aquel relámpago de luz divina y llevan sobre la frente el tesoro de sus rizos y muestran en los ojos la poesía de su inocencia.

Y el buen Dios les dió todo con esto; porque para obtener todas las sonrisas y para despertar todas las ternuras, á esos seres pequeños y dulces les basta con ser poesía, inocencia y amor. ¡Les basta ser niños! Eso era Dios cuando vino al mundo.

Arturo Giménez Pastor.

Ecos de un concurso

De numerosos cuentos presentados al concurso á que llamó la revista *La Alborada* y á que acaba de dar término el fallo del jurado, resultó merecedor al primer premio, el joven Oscar G. Ribas, inteligente colaborador también de Rojo y Blanco, cuyo trabajo literario: «La flor del olivo», ha sido considerado sobresaliente. Á justo título, tenemos la satisfacción de felicitar al joven y distinguido literato, que tan alto concepto ha merecido de la reconocida competencia del jurado, cuyo fallo hará conocer hoy la interesante revista organizadora del concurso.



El orador fúnebre

Mi tipo está en todas partes. Su patria es el Universo, como la del filósofo; pero abunda en los países de origen latino, más vehementes; — y con especialidad, en ambas márgenes del Plata.

En esta gran jaula que habitamos, viviendo prisioneros de nuestras malas costumbres é irrefrenables tendencias, — el sentido común, que debiera ser el más general de todos los sentidos, porque todos se precian de tenerlo, — apenas está distribuído entre los mortales, en una proporción de 20 %... si llega!

Así, no es de extrañar que abunden los neurópatas, en sus distintas manifestaciones más ó menos peligrosas y fronterizas del período agudo, — y que reine también en la cámara obscura de muchos cerebros el cretinismo desesperante, en vez de la inteligencia sensata que mesura los procederes, sujetándolos á una fórmula humana.

El orador fúnebre es un ejemplar curioso de locura seria y grave, acentuada y reflexiva, para la que es impotente la clínica social, sea cual fuere el talento del médico alienista encargado del proceso.

Sabe casi siempre quién ha muerto, á qué hora se le entierra, cuál es la categoría del difunto, qué posición social ó política ocupó en vida, porque ya lo ha leído en las hojas de publicidad cuyos avisos fúnebres recorre con avidez todas las mañanas.



A la tarde lo vereis impertérrito en el cementerio, con frío ó calor, haga buen tiempo ó llueva. Su cara es taciturna y sombría, pues el uso concluye por formarle una segunda naturaleza. El traje rigurosamente negro, como la ceremonia en que será actor principal, — y su voz ahuecada y profundamente baja, algunas veces con variantes de tonalidad, según la importancia del muerto, en cuyo caso las cuerdas vocales gimen heridas por la mano invisible del entusiasmo.

El orador fúnebre, para que sea completo, necesita abarcar en su oratoria todo lo que encarna la expresión del sentimiento, á saber, que sea enciclopédico en asuntos del corazón, como un sabio en el conocimiento de las cosas terrenas.



Este es el tipo de raza; el que no se arredra ante dificultades, el que sufre equivocaciones lamentables y las enmienda sin turbarse; — el que lo mismo pronuncia un discurso patético ante la tumba de un ilustre desconocido, que ante la de un hombre de gran talento, — y derrama igualmente lágrimas y flores sobre el cadáver de una vieja matusalénica, que ante el de un niño recién nacido.

A veces sufre angustias inexplicables; por ejemplo, cuando se muere demasiado gente, ó en el caso contrario, cuando nadie se muere. Son días fatales por los contrastes y sale de su monotonía casi habitual poniéndose nervioso.

Para los primeros entierros en distintas necrópolis, no puede hacer un juicio salomónico con su persona. Y si nadie fallece, le falta motivo en la mansión de los muertos, salvo que se resigne á tener por únicos



testigos de su oratoria, los callados sepulcros de mármol y los cipreses verdinegros, que ierguen altivos sus copas en forma de pirámide.

Su fisonomía se reanima cuando entra un cortejo. Se le agrega incontinenti y domina la situación, colocándose á vanguardia, en punto de marcha estratégica. Pocas ó raras veces habla,



cuando otros le preceden por falta de diligencia. No sufre parangones ni tolera adversarios. Su campo de acción quiere recorrerlo primero que los demás, cuando no es posible sólo, y antes que la honda boca de la fosa se trague el ataud, se presenta y toma la palabra.

Se trata de un hombre político:

«—Señores,—dice—cumplimos con el sagrado deber de despedir para siempre al patriota ejemplar, vaciado en el molde puro de los antiguos romanos, que baja á la tumba pobre, sin haberse dejado marear por las tentaciones de la fortuna y sin tener un solo enemigo, respetado de propios y extraños, como saben morir los justos.»

(Y el patriota ejemplar ha sido un pillo de siete suelas, hizo fortuna á la sombra de los puestos públicos que desempeñó, y seguramente el país no tiene otra cosa que agradecerle que su muerte algo tardía.)

Es una niña la que ha fallecido:

«—Señores,—repite,—morir cuando se ha cumplido una misión en la tierra, es lógico y natural. Todo está llamado á perecer en el mundo por leyes fatales é ineludibles. Pero morir en la primavera de la vida, cuando todo sonríe, cuando la existencia se desliza por una senda de flores, es una injusticia del cielo, que en sus irreflexiones hace caer bajo la segur de la muerte, lo mismo al añoso roble que desafió la tempestad de un siglo, que á la tierna planta recién acariciada por las brisas matinales.»

Otras veces habla sin saber por qué. No ha tenido tiempo de averiguar los antecedentes del extinto, y confunde sexo, profesión y hasta nacionalidad, que suele también explotar para su necrología.

«—La muerte, exclama, es injusta en sus designios. El honrado industrial extranjero, que baja á la tumba después de treinta años de labor proficua;—el padre cariñoso de una bíblica familia...»

—Pero, señor! le dice uno del cortejo:—El muerto no es muerto, sino muerta. Es una joven de 20 años, oriental, soltera y sin hijos...

Y el orador sigue sin inmutarse:

—«La joven de provecho que pudo tener merosa prole, y dejar la huella fecunda de su paso por la tierra, muere haciéndonos sentir, más que su pérdida actual, las esperanzas truncadas de un hermoso futuro.»

Y sus *clichés*, cuando calzan bien, suelen producir efecto entre la gente infeliz y de pocas vistas;—pero la mayoría de las veces hace ridícula una ceremonia de suyo imponente, ahogando la discreción del acompañante,—por lo solemne del acto,—la carcajada que pugna por salir á borbotones de la boca.

El orador fúnebre es una planta exótica; no tiene parientes, ni amigos, ni profesión conocida.



La solemnidad de su misión le impide codearse con las gentes discretas, así como también con sus colegas de orden contrario, que se encuentran en las fronteras de la locura risueña.

Y nuevo judío errante de las necrópolis, seguirá su marcha por ellas hasta que caiga para siempre en el seno de esa *nada* que le dió pretexto para el *todo* de su vida, sin otro sentimiento tal vez, que pensar pueda ser olvidado en su último viaje,—y no se diga una palabra ante la tumba de quien no permitió morir á nadie sin pronunciar su oración fúnebre.

Ricardo Sánchez.

1900.

El domingo en Maroñas



Bajada del ferrocarril

Durante el viaje en el ferrocarril habrán hablado extensamente de la fiesta hípica, de las luchas de la pista, de su diversión favorita, discutiendo probabilidades, citando *pedigrees*, recordando *performances*, apuntando *récords*, exhumando, por fin, viejos recuerdos adormecidos en las profundidades de la memoria. El que más, el que menos habrá deseado sentar plaza de catedrático entre sus vecinos de asiento, fama de conocedor experto y de buen golpe de vista, para divisar al vencedor entre las tinieblas del misterio propio del *Turf*.



Entrando al Hipódromo

Y ahora les vemos, en momento en que les ha sorprendido la máquina fotográfica, descolgándose del tren y penetrar al hipódromo regocijados ante la perspectiva de un hermoso día de carreras, sintiendo cómo despierta en el espíritu la antigua afición amortiguada á la vista de aquel campo de inolvidables encuentros, cómo hierve en las venas el entusiasmo á las caricias ardientes de un sol radiante de verano. Armados de todos pertrechos,—afilado el lápiz, en el bolsillo el programa sumiso esperando la consulta y los apuntes nerviosos del *sportsman*, y terciados los anteojos,—llegan con el espíritu henchido de esperanzas y la mente llena de ilusiones, pensando unos en acertar en todas las carreras y anhelando los otros encontrarse con sus novias, para pasar una tarde de delicioso *flirt*.



Entrando al Hipódromo

¿Quienes son? No es necesario citar sus nombres. Están bien parecidos y son muy conocidos en el mundo político y diplomático, social y elegante. Acaban de descender del carruaje que les ha llevado al raudo andar de arrogantes trotadores, y entran al *parterre* cuando la fiesta está en su apogeo. Todos los ojos fijan su atención en esos grupos para admirar la belleza avasalladora y el donaire y la elegancia de las damas, mientras de todas partes se saluda con el respeto á que les hace acreedores su posición social, á los dignos caballeros y sus distinguidas acompañantes.

¡Qué hermoso cuadro! Cuántas cabecitas adorables que reclaman el pincel de Tintoretto para ver reproducidas en el lienzo sus líneas delicadas! Cuántas figuras, qué cantidad de cuerpos esculturales, de rasgos dignos de ser inmortalizados en helénico mármol! Cómo se recrea



Aspecto del palco

la mirada en la contemplación del soberbio espectáculo que ofrece la tribuna del hipódromo bajo el dosel del cielo sin nubes de aquella luminosa tarde de estío, — llena de animación y de colores, flotando, mecidas por la brisa las ricas plumas de los elegantes sombreros, los encajes de las vistosas *toilettes* y los flecos del claro quitasol, bajo cuyo toldo de seda relampaguean las luces que queman el alma, de divinos ojos de mujer, rivales del sol!

Pasad al otro costado de la terraza y mirad hacia los palcos, y en uno de ellos encontraréis un grupo encantador de hermosas niñas, cuya belleza, al pasar, ponen las almas de rodillas. Las tres gracias podría llamárseles si atrás de las que aparecen en primera fila, esplendorosas en el apogeo de sus atractivos, no se perfilara la silueta gentil de otra belleza uruguaya, que, al entrar al hipódromo con su andar de reina acostumbrada á los agasajos que la admiración deshoja á su paso, envuelta en un vaporoso traje de *season*, traía á la memoria la conocida estrofa del poeta mejicano:

«Tú pasas, y la tierra, voluptuosa,
se estremece de amor bajo tus huellas;
se entibia el aire, se perfuma el prado,
y se inclinan á verte las estrellas.»

¿Y las otras? Ahí las tenéis, finas, aristocráticas, distinguidas, como rodeadas de una aureola luminosa de primaveral fragancia, de perfume de flor fresca. El perfil impecablemente delicado de la que mirando á la fotografía aparece á la izquierda, la expresión de vaga melancolía que se nota en la poética mirada de la del centro y las gracias indescriptibles de la figurita *mignonne* de la que luce sus encantos al otro costado, harán pensar por un momento en que son visiones vislumbradas en fantástico ensueño y maravillosa obra caprichosa de genial artista, si no las viéramos á dia-



Un grupo interesante



Primera carrera. — Llegada

rio en paseos y fiestas y no supiéramos á ciencia cierta que son obra maestra de la Naturaleza.

Ese otro fotograbado ofrece al aficionado la faz más sensacional de la primer carrera, cuando Linterna, la favorita, contenida hasta entonces por su *jockey*, se lanzaba, en *rush* matemático, á la conquista de la victoria, aclamada por sus partidarios, que recién daban expansión á su entusiasmo, contenido por los temores de un fracaso.

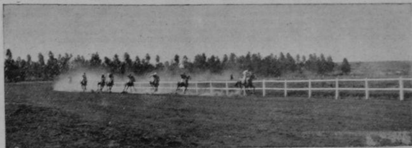
Vemos ahora á Linterna, la heroína de la tarde en la parte hípica, la vencedora de los Premios Reapertura y Ecurie Colón. La sostiene de la brida Pedro Costa, que tiene su fama cimentada de compositor inteligente, y encima de la yegua se ve al jockey B. Pavon, que la dirigió en ambas pruebas con suma pericia y rara facilidad.

Era, ese doble triunfo de Linterna, una hija de Exmoor y Troya, de armoniosos lineamientos y admirable conjunto, — una satisfacción merecida, que la Fortuna, justiciera, se entretuvo en deparar al patriarca de Maroñas, al vehemente aficionado doctor don José Pedro Ramírez, y al inteligente *éleveur* señor Carlos Reyles, propietario y criador, respectivamente, de la pupila del glorioso Stud Charrúa.



Linterna. — Su compositor y su jockey

Y por último se ve á Yowa enseñando el camino del triunfo á sus rivales. Los caballos, escalonados, dan vuelta el codo, y la fotografía, de fidelidad maravillosa, nos los presenta en el torbellino de



Cuarta carrera. — En el codo

su carrera, cuando los cascos golpeaban la pista al rudo empuje de un vigoroso paso de carga.

Frontín.

El drama del domingo



Mateo Martincorena

Ha sido verdaderamente sensacional el drama sangriento ocurrido el domingo último en la estación del tranvía de la Unión. El guarda Mateo Martincorena disparó dos tiros de pistola sobre el gerente de la Empresa, don Carlos Davie, á causa de haber sido despedido por él, y lo hirió casi mortalmente.

El señor Davie está vinculado á apreciables familias de nuestra sociedad y es un hombre laborioso y de carácter. Su heridor es un joven de los mejores antecedentes y su resolución sólo se explica por la ofuscación que lo dominó al ver después de 15 años de trabajo, perdido el empleo con que sostenía á sus ansiados padres.

Damos el retrato de Martincorena, por la sensación y el consiguiente interés que despertó este suceso dramático, y lamentamos no haber podido obtener, para publicarlo también, el del señor Davie.

Para la historia



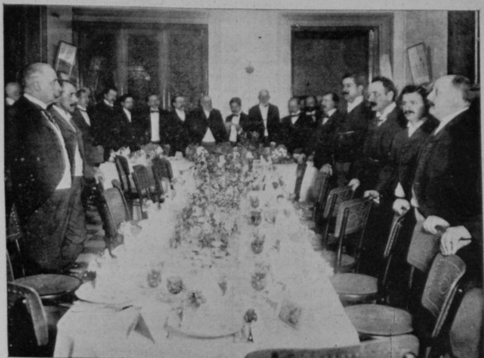
Frente á la casa del señor Cuestas

Memorable será siempre para este país la fecha del 29 de Noviembre de 1897, en que treinta mil personas desfilaron ante los balcones del señor Juan L. Cuestas, entonces Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, para pedirle el derrocamiento de la Asamblea Legislativa. Fué aquel un movimiento popular surgido en el seno de la Comisión del Partido Colorado y secundado por nacionalistas y constitucionalistas, cuyos primeros hombres marcharon al frente de la gran columna, contemplada con asombro y seguida con interés desde los balcones y azoteas por inmenso número de familias. No es del caso profundizar en este momento el alcance de aquel acto, precursor del golpe de estado que se produjo en Febrero de 1898; — acontecimiento muy cercano y cuyas resultancias políticas no somos los llamados á determinar — pero su recuerdo gráfico debe conservarse, como quiera que la manifestación hecha al mandatario en aquel día, fué la más grandiosa de cuantas en nuestro país se han realizado. Las dos fotografías fueron tomadas por Fitz Patrick, una al llegar la columna á la casa del señor Cuestas y la otra — pasado el gran tumulto que se produjo y que todos recuerdan — al ser invitado el pueblo por el doctor Juan Carlos Blanco á terminar el desfile con tanto entusiasmo comenzado.



Después del tumulto. — Hablando el doctor Juan Carlos Blanco

En honor de Reyles



El banquete en el Jockey Club — FOT. NOCTURNA DE FILLAT

Una elocuente demostración de cariño han dado á Carlos Reyles sus amigos en el banquete con que se le obsequió el martes último, que fué servido en el *hall* del edificio que ocupa en la calle Sarandí el Jockey-Club. Se obsequiaba dignamente en aquel acto, al autor de *La Raza de Caín*, que tantas felicitaciones ha recibido de críticos y profanos, lo mismo de la patria que del extranjero, donde ha podido también hacerse conocer con brillo el talentoso escritor uruguayo. Entre los concurrentes al banquete se hallaban el doctor José Pedro Ramírez — á quien correspondió ofrecerlo á Reyles; Osvaldo Martínez, Pedro Piñeyrúa, Juan Victorica, Juan Pedro Ramírez, Eduardo Vargas, Arturo Brizuela, José R. Muiños, Laudelino Vázquez (hijo), Carlos Sáenz de Zumarán, Fernando Moratorio, Agustín Caffera, Enrique Figari, Justo P. Linares, Andrés Lerena, Miguel V. Martínez, Florencio Michaelson, Emilio N. Giuffra, Alfredo Lerena, Enrique Arraga Vidal, César Díaz, Enrique Olivera Calamet, José M. Silva y Antuña Juan Pedro Díaz, G. Piccioli, Manuel Quintela Domingo Agustini, Bernardino Duhalde, Antonio Zorrilla, Fernando Casado, Elbio Zavalla y el director de ROJO Y BLANCO, Samuel Blixén. La fiesta, animadísima siempre, fué coronada por el brillante discurso con que el obsequiado contestó al doctor Ramírez — que se consideró joya literaria por todos los circunstantes. El local del Jockey Club, convertido en centro de amena sociabilidad tuvo en la fiesta en honor de Reyles elocuentes manifestaciones literarias que se recordarán durante largo tiempo, y que darán tono á la asociación que acaba de inaugurar su nueva era bajo tan buenos auspicios.

La fotografía á luz de aluminio, que reproduce nuestro grabado, puede considerarse por su exactitud la mejor de las obtenidas hasta hoy en las fiestas nocturnas de Montevideo y acredita bien á su inteligente y modesto autor, señor Fillat.

Necrológica



Juan Idiarte Borda

En París acaba de fallecer el joven Juan Idiarte Borda, hijo del ex presidente de la República, á quien su enlace, celebrado hace aún breve tiempo, vinculó á distinguidas familias de nuestro país. El joven Idiarte Borda, con la hermosa dama que se había unido á él, viajaban por Europa, donde ha fallecido en la flor de la edad, sin poder disfrutar de las lujosas comodidades que podría proporcionarle la fortuna de que era poseedor. De estas vidas podría decirse con Job: Surgen rápidamente como flor, que muy pronto es cortada, y pasan como sombra sin detenerse.

Protección á los animales

ASEGURA un diario argentino que el doctor Albarracin, presidente de la Sociedad protectora de animales, ha publicado una especie de manifiesto, muy interesante por cierto, exhortando á los empresarios de tranvías y carros, y en general á todos los que tengan caballos en servicio activo, á que se ocupen de adoptar algunas medidas para evitar á sus protegidos (los del doctor Albarracin), los peligros á que van á estar expuestos en la época de los grandes calores, que ya han hecho su aparición con síntomas bien alarmantes para la salud de bípedos y cuadrúpedos.



El señor presidente de la Protectora aconseja principalmente, que se cubra la cabeza de los caballos con grandes sombreros de paja suaves y rrescos.

Tarde piaste, podríamos decir nosotros después de haber visto aplicada la invención á los caballos del tranvía de la calle 18 de Julio. Pero eso no quita mérito á la cosa, ni impide una pequeña disertación.



Si, como es de suponer, dado el interés que nspiran hoy los animales, y el importante papel que desempeñan, llegan á hacerse carne, ó más bien llegan á hacerse sombreros, los autorizados consejos del señor presidente protector; será cosa digna de verse el aspecto que ofrecerán las calles y paseos de la gran metrópoli vecina y de la nuestra, si la usanza se generaliza.



Como es natural, lo primero que va á tenerse en cuenta para la forma y calidad de los sombreros *solipédicos* (llamémosle así), será la diferente clase social á que pertenezcan los cuadrúpedos; pues no es posible, y menos pudiera considerarse propio, que los mancarrones que arrastran los carros de carga, y los tranvías, y hasta los de carricoches de plaza, y que son, puede decirse la plebe de la raza caballar, ostenten prendas iguales en valor y buen gusto, que los ilustres caballos de pura sangre que arrastran los lujosos carruajes de los potentados y de personajes de elevada posición política y social.



¡Pues ahí es nada! Los primeros, los jamelgos del pueblo, tendrán que llevar á lo sumo grandes *capachos* de la paja más inferior, que al primer aguacero intempestivo que les caiga encima quedarán aplastados y descompuestos, adoptando mil formas curiosas y extravagantes; mientras que los aristocráticos lucirán hermosos sombreros de fina paja adornados de cintas de múltiples colores.



Y como la moda ha de llevarse al extremo, como todas las modas, cuando no se trate de caballos sino de *caballas* que tiren de la victoria de alguna hermosa horizontal, favorecida por los dioses, se adornará la cabeza de las *bucéfalas* con amplias capotas cubiertas de encajes, de plumas y de flores.

¡Y qué orgullosas trotarán las yeguas de finas patas y elegantes formas, sacudiendo sus preciosas capotitas, al conducir por las amplias avenidas de Palermo á la preciosa arrastrada!

Entretanto los cocheros, que no tienen sociedad que los proteja, como á los otros brutos, seguirán pasando la pena negra.

Los de la *high-life* continuarán guiando, muy erguidos sobre el pescante, envueltos en un largo levitón abotonado hasta la barbilla, con el pes-

cuezo aprisionado por un inmenso cuello que les alcanza hasta las orejas, y luciendo un alto y brillante sombrero de felpa con escarapela llamativa; y los automedontes de plaza, para preservarse de los ardientes rayos del sol, seguirán tratando de estirar las pequeñas alas de sus sombreritos de fieltro, apabullados, y de forma y color indefinibles.

Vamos, señor presidente de la Protectora, sea Vd. compasivo, y publique un nuevo manifiesto exhortando á los empresarios y dueños de vehículos movidos por sus protegidos, para que se provea también de cubre-cabezas de paja á los pobres cocheros, que al fin y al cabo no son menos que los otros animales.

Y ya que la prédica porteña ha tenido aquí desde temprano, eco simpático, esperamos también que esa protección se extienda á los cocheros y guardas de los tranvías!

Modesto Pequeño.

La carreta



La carreta llamada por los europeos con mucha intención y sobrada razón *ferrocarril sudamericano*, ha ido despareciendo paulatinamente de nuestra campaña porque, pese al parangón que se hace más arriba, por mucho que se asemeje á nuestros ferrocarriles en varios conceptos, no ofrece tantas comodidades para el viaje y apenas si los iguala en la baratura del precio, si bien es cierto que los excede en seguridad y aún en velocidad, cuando la picana es buena y los bueyes *nuevos* y *voluntarios*.

Relegada como está la carreta para el trasporte de cargas, hay regiones en que todavía se la encuentra destinada á usos, si no más nobles, por lo menos más aptos para satisfacer su amor propio. Nuestro fotograbado presenta al lector dos de esas carretas felices. Es la tarde. Los viajeros han hecho alto á la sombra de un monte, cerca del arroyo, y los bueyes, recién desuñidos, se alejan lentamente. El tropero es sin duda un buen gaucho. ¿Han notado ustedes que sus primeros cuidados han sido para el caballo, que cubierto con su manta está atado ya á una estaca? Sin embargo, recién brotan las primeras llamaradas de la hoguera. Recién la familia va á ocuparse de sí misma: una china bajo de la carreta con el mate, la bombilla, la yerba... y quizás azúcar! Dentro de algunos minutos, el caballo, después de comida su ración maíz, se habrá dormido y soñará con las próximas carreras, los bueyes se rascarán fraternalmente en la aguada (y en el lomo) y los paisanos, reunidos al rededor del fuego, discurrirán, como todo el mundo en estos días, de política. Que sus argumentos sean de alguna utilidad para la patria, son nuestros vehementes deseos.



Una curiosidad

Esta nota es para los *gourmets*, y por ella sabrán que se ha iniciado en Montevideo el cultivo intensivo de los hongos con el más espléndido resultado, como lo muestra el grabado. El apreciable caballero don Alfredo Nebel, á fuerza de estudio y de costosos ensayos, ha llegado á la producción del hongo con el éxito más halagüeño y obteniendo ejemplares que por su peso, su color y su sabor baten el *record* de los más notables productores europeos que habrían hecho las delicias de Brillat Savarín.

Las pruebas hechas por el señor Nebel como *amateur*, han sido tan felices que no dudamos en augurar que hay en ellas el germen de una industria de los más lisonjeros resultados; por lo que nos complacemos en señalar la iniciativa y aplaudirla merecidamente.

"La Criolla"

Tuvo el domingo su día de gran fiesta la simpática sociedad «La Criolla» cuyo organizador, fundador y presidente es el simpático colaborador de ROJO Y BLANCO doctor Elías Regules. Se trataba de inaugurar oficialmente el nuevo y lujoso local de Atahualpa, en el camino Larrañaga esquina Fomento—de que es «La Criolla» propietaria, y con ese motivo hubo almuerzo campero, velada literario-musical y desfile en columnas á pie y á caballo. Las fiestas de «La Criolla» no necesitan ya anuncios ni crónicas bombásticas. El elogio resulta de la bondad misma de aquellas. En esta última, en que como en todas las anteriores la guitarra y los estilos criollos dieron la nota predominante, no faltaron el piano, el violín, la flauta y cuantos otros elementos constituyen una inmejorable orquesta. De la parte literaria... no hay que hablar: resultan las veladas, con los elementos de «La Criolla» verdaderos certámenes literarios. Como para dejar un recuerdo de la fiesta, el hábil fotógrafo señor Fitz Patrick recojió en su máquina el hermoso negativo que nuestro grabado reproduce y que representa á la columna á caballo, al mando supremo del alma de «La Criolla» —como llaman sus socios á su presidente el doctor Regules.



FOT. DE FITZ PATRICK

"La Criolla" de fiesta

Aramburo

El tenor más raro de los tenores y el más caprichoso de los aragoneses, acaba de caer entre nosotros como un aerolito, cuando todos lo consideraban ya incluído con su paisano Gayarre en uno de los coros celestiales, salvado de otro destino por su indeclinable fe en la *Pilarica*.



Antonio Aramburo

Vivo y con ánimo de cantar se ha presentado, y lo segundo ha extrañado más que lo primero; pero acaso en sus últimas andanzas el celebrado tenor, después de ver de cerca la cara de la pálida muerte, ha pensado que aún le queda un tesoro de voz para prodigar entre los mortales.

No hay que decir que se le ha recibido aquí, donde Aramburo tiene tantos amigos y tantos admiradores llenos de recuerdos *saudosos* de los tiempos en que conquistó triunfos imperecederos con *Poliuto, Forza del Destino* y otras obras del viejo repertorio.

Al abrazarlo, alguien le habló así:

—Don Antonio, usted por aquí, usted está vivo.

—Yo mismo, chico. Vivo y tan guapo como siempre. Porque ya saben ustedes, cuando yo no esté en Aragón, estaré en Montevideo ó en el otro mundo.

—Allí lo hacíamos y ya lo habíamos llorado.

—Es que estuve cerca; pero no pasé de Rusia en el viejo mundo y de Nueva York en el nuevo.

—¿Y piensa usted cantar?... Hum... lo dudamos... ¿Y la voz?

—Ya lo veréis, ya lo veréis. La voz tal cual; la voluntad dispuesta y yo entre ustedes como en la gloria.

Ya se anuncia un concierto en el que tomará parte el eximio tenor. Pueden figurarse todos con que ganas se espera oir aquella voz sin igual, inolvidable. Lo más difícil es que resulte verdad tanta belleza.

La exposición-feria del Durazno



Vista general

El departamento del Durazno al igual de algunos otros de la República ha querido hacer una demostración de parte de su riqueza, con la exposición-feria que se inauguró el domingo pasado y que resultó una hermosa fiesta del trabajo y un notable concurso de magníficos animales. Se realizó en el Hipódromo y las instalaciones sencillas y bonitas, albergaban los más hermosos productos que el paciente y noble trabajo de los ganaderos ha podido obtener. Detrás de los grandes galpones estaban los potreros para los animales de campo, que terminaban en las orillas del Yí.

La concurrencia que asistió fué numerosísima. Diseminada en el amplio local, daba á éste más pintoresco aspecto y animación extraordinaria, y, hasta los más indiferentes no pudieron sustraerse á la admiración que producían aquellos enormes Durham y Hereford, moviéndose pesadamente de puro gordos; los carneros con su espeso traje de lana fina; los caballos, luciendo sus líneas elegantes, piafando airosos, mirando con la cabeza alzada á los visitantes; y hasta las aves de corral, colocadas en un elegante kiosco, que se hacían la competencia en el color y lujo del plumaje. Los entendidos en la materia aseguran que por el número y calidad de los animales y por las condiciones en que se realizaba la Exposición, ésta era la más importante de las realizadas hasta ahora y en particular en éstos últimos tiempos.



Presenciando el desfile

En el acto inaugural se pronunciaron varios discursos en los que se hizo resaltar cuán grande es la importancia de esas obras de progreso, y cuán benéficos son sus resultados para el adelanto de nuestra ganadería.

El Jurado encargado de discernir los premios cumplió su cometido con general aplauso y repartió equitativamente las medallas y diplomas á los expositores que se hicieron acreedores á ellos por la bondad de sus productos.

Al día siguiente empezaron las ventas que dieron excelente resultado.

Agregamos á esta nota, que tiene que ser simpática á todos los que se interesen por el progreso





Vista general del frente

INST. DE J. R. MUIÑOS

de nuestra campaña, algunas instantáneas con que nos ha obsequiado nuestro amigo el señor José R. Muiños y que dan idea gráfica de la importancia de la Exposición realizada. Entre ellas está la vista del palco desde donde presencian el desfile de productos algunos ciudadanos conocidos: Melitón González, Carlos Crocker, Lucio Rodríguez, doctor Méndez del Marco, etc. Como nota final llamativa, agregaremos á lo dicho, que entre don Lucio Rodríguez y don Carlos Crocker suman solos más de 170 años de edad y no parece, sin embargo, que pesaran en ellos los años cuando se trata de asistir, como el domingo, á concursos reveladores de los progresos nacionales.



Otra vista

De otro concurso



Aurelio Giménez Pastor

También ha sido laureado recientemente en Buenos Aires otro compatriota cuyo retrato nos complacemos en presentar á los lectores de Rojo y Blanco,—Aurelio Gimenez Pastor. No es para nosotros nuevo que el joven dibujante que apenas daba los primeros pasos en el arte al abandonar á Montevideo, realizaba sensibles progresos poco después en la vecina capital donde adquirió bien pronto nombre y reputación que ahora valen á sus trabajos ser disputados por los hombres de buen gusto. Es hoy elemento de indiscutible valía para la ilustración de libros y revistas que reclaman continuamente sus orijinales, intencionados en la caricatura como correctísimos en lo serio. El premio obtenido recientemente en Buenos Aires, que motiva esta nota, es uno de los primeros destinados para el concurso de affiches organizado por una gran fábrica de cigarrillos y al que concurrieron numerosos artistas reputados de aquella capital,—circunstancia que hace más meritorio el esfuerzo del hábil compatriota.

Pedregullo

Con la llegada de los calores ha llegado el momento de los consejos higiénicos sobre la temperatura.

Bagrini no ha querido ser menos que otros, y ha formulado dos consejos, uno para verano, que dice:

Si el calor te sofoca
respira fuertemente por la boca.

Y otro para el invierno que es el siguiente:

Y si temes del frío algún desliz
tápate la nariz.

Á pesar de la temperatura, hay quien va al teatro.

Como que por eso pude sorprender la otra noche en Cibils, el siguiente diálogo:

—¿Ese que canta, es Abad?
—Sí.
—¿De que convento?
—No será del de San Felipe.
—¿Por qué?
—Porque está en Cibils.

Título de un suelto de un diario: *Habilidades de un juez.*

¡Vaya! Puede pensarse que se trata de algún juez que hace juegos de manos.

Pero no es eso.

Se trata de un juez que ha trasladado su oficina dos veces en pocos días.

Y sigue el diario diciendo:

«Ayer no más trasladó su oficina de la quinta sección á la cuarta.»

¿Á la cuarta?

¡Oh! No podría él solo.

El rey de más peso, según un colega, es el de Portugal, que pesa 92 kilos.

El más liviano el de España que pesa 45.

No se sabe cual es la reina más liviana.

En una venta de sellos raros llevada á cabo en Berlín se ha pagado por un sello 6.950 francos.

Hay algunos que darían gratis algunos sellos.

Sellos de ignominia.

Pero tienen tan buena goma que son difíciles de despegar.

El profesor.—Alumno Strombolini, nombre siete animales de las regiones polares.

Strombolini.—Tres osos y cuatro focas.